LA JMJ, UN TESORO PARA NUESTRAS VASIJAS DE BARRO

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v58i203.327>

LAURA DANIELE*

«La mayoría de los seres humanos solo encuentra aquellas respuestas, o, por lo menos, la sensación de que existe un orden superior del que forma parte y que da sentido y sosiego a su existencia, a través de una trascendencia que ni la filosofía, ni la literatura, ni la ciencia han conseguido justificar racionalmente». Con estas palabras explicaba el genial premio Nobel de Literatura, Mario Vargas Llosa, en un artículo publicado recientemente en el diario El País, la razón del éxito de la Jornada Mundial de la Juventud, que se celebró este verano en Madrid y que este mismo periódico llegó a reconocer como «la mayor concentración de católicos en la historia de España».

La reflexión del periodista y escritor peruano cobra una relevancia especial en la sociedad que hoy nos toca vivir. Una sociedad verdaderamente desorientada que ha decidido dar la espalda a aquellos valores que durante siglos han llenado nuestra vida de sentido común —como el respeto a la dignidad de la persona, la defensa de la vida, el cuidado del más débil, la búsqueda del bien común—, y que, en su lugar, tampoco ha sido capaz de proponer nada que valga de verdad la pena.

Este singular y difícil contexto ha hecho justamente que la Jornada Mundial de la Juventud haya sido vivida por amplios sectores de nuestra sociedad (político, empresarial, cultural) como una verdadera brisa de esperanza. Un reencontro con lo esencial, con lo verdadero y con el bien, que cualquier persona de buena voluntad, en el fondo de su corazón, está buscando y anhelando. Una fiesta de fe presentada además con una espectacular puesta en escena capaz de atraer por su peculiaridad y originalidad a los jóvenes de todo el mundo. El medio, cuatro décadas después de la célebre sentencia de McLuhan, sigue siendo hoy el mensaje. Y es bueno que la Iglesia se enfrente con valor a este desafío. Con esta JMJ, el Papa ha vuelto a demostrar una vez más que no le tiene miedo a las masas, ni a los medios de comunicación, ni a la cultura moderna, ni al orden político, social o económico. Siempre está dispuesto al diálogo, incluso cuando la contraparte ni siquiera cree. Su liderazgo al frente de la

* Redactora del diario ABC.

Iglesia en estos momentos de gran desorientación es providencial y una confirmación de que Dios siempre ha acompañado al hombre a lo largo de su historia personal y colectiva.

Esa fue la sensación y también la certeza aquel sábado 20 de agosto, cuando, sin poder dar crédito a nuestros ojos, los periodistas destinados a cubrir este evento veíamos en las pantallas de televisión de la redacción del periódico cómo el gigantesco aeródromo de Cuatro Vientos –un espacio similar al que ocupan 48 campos de fútbol– comenzaba lentamente a llenarse a primeras horas de la tarde y bajo un sol de justicia por cientos de miles de jóvenes que habían venido a Madrid para celebrar su fe con el Papa. Solo Dios sabe lo que pasa en el corazón de las personas, pero es bastante improbable que la sencillez del testimonio elocuente que, a lo largo de esos días, se fue escuchando de parte de los jóvenes a las preguntas de los periodistas pudiera pasar sin pena ni gloria a una sociedad que en el fondo sigue buscando el sentido de la vida. «Vengo a encontrar mi fe»; «no es fácil ser católico hoy en día, pero vale la pena dar la vida por Cristo»; «he estado trabajando para poder juntar el dinero. Por nada del mundo me perdería este encuentro con el Papa».

Nunca en Madrid habíamos visto una celebración semejante, como la de aquel sábado en la vigilia de Cuatro Vientos. Dos millones de jóvenes acompañando al Santo Padre bajo el viento y la lluvia. Y un Papa dispuesto a devolver el gesto con el mismo valor y fidelidad. Es difícil saber cuántas vidas cambia una Jornada Mundial de la Juventud, a cuántos es capaz de trocarles el corazón. A muchos o a pocos, lo cierto es que el beato Juan Pablo II fue un visionario y un valiente cuando decidió instituir estos encuentros, que, en casi un cuarto de siglo de historia, ya han dado la vuelta al mundo. La aventura ha valido la pena, y la realidad ha vuelto a demostrar que Dios, ese Padre cariñoso, siempre se las ha ingeniado para acercarse a nosotros, para hacernos saber que no caminamos solos el camino de la vida, ni de la historia.

En esta Jornada Mundial de la Juventud me he encontrado con personas verdaderamente maravillosas, ilusionantes, capaces de hacer brillar todo lo que tocan. Uno de los doce jóvenes voluntarios que se sentó a la mesa con el Santo Padre en la Nunciatura me contó días antes del encuentro que cuando lo tuviera enfrente le iba a decir: «Rezo por usted». Había dejado su familia en Ecuador y vivía en Madrid con una familia que lo había acogido mientras se preparaba la JMJ. Era informático y había renunciado a su trabajo para poder ayudar en la organización de este evento. Historias así, de entrega y generosidad, se podían contar por cientos en la sede del Comité Organizador Local de la JMJ. Solo por saber que esas personas existen, agradezco a Dios la mirada intuitiva y providencial del beato Juan Pablo II y que la Iglesia ha sabido conservar a lo largo de estos años. Ojalá las Jornadas Mundiales de la Juventud sigan siendo ese regalo de la Iglesia para que los jóvenes se encuentren cara a cara con Cristo en algún rincón diferente del planeta y de la mano del Santo Padre. Solo aquel

millón de silencios la noche del sábado 20 de agosto en la vigilia de Cuatro Vientos frente a Jesús sacramentado en la imponente Custodia de Arfe conmovía el corazón de cualquiera.

Tantos y buenos son los frutos de la JMJ, que quienes no hemos sido los protagonistas directos, nos hemos sentido igualmente reconfortados por esa brisa de esperanza que, estoy segura, nos ha alcanzado a todos. ¿Por qué? Simplemente por el testimonio sencillo, pero veraz y auténtico de los jóvenes que durante una semana compartieron mesa y mantel con los madrileños, por la certeza de que a pesar de todos nuestros barros Dios sigue siendo nuestro único y auténtico tesoro. Es más, en medio de tiempos tan difíciles, hasta el lema de esta JMJ ha sido providencial, al poner otra vez en el centro de nuestro corazón la pasión con la que el apóstol san Pablo llevó la fe a los que no creían. «Enraizados y arraigados en Cristo, firmes en la fe».